

Agatha Mystery

Primera edición: febrero de 2014

Título original italiano: *Sfida sulla Transiberiana*

Textos: Sir Steve Stevenson

Editing: Mario Pasqualotto

Cubierta original e ilustraciones: Stefano Turconi

Adaptación del diseño y maquetación: Emma Camacho

Edición: David Sánchez Vaqué

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Traducción: Elena Martínez Nuño

© 2013 Atlantyca Dreamfarm s.r.l., via Leopardi 8, 20123 Milán, Italia
Publicado por primera vez por Istituto Geografico De Agostini, S.p.A.,
Novara, Italia, en 2012

© 2014 La Galera, SAU Editorial, por la edición en lengua castellana

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A, via Leopardi, 8 - 20123
Milán, Italia. foreignrights@atlantyca.it, www.atlantyca.com

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95

08019 Barcelona

www.editorial-lagalera.com

lagalera@grec.com

Impreso en Limpergraf. Mogoda, 29-31 Pol. Ind. Can Salvatella.
08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-26.959-2013

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-5145-9

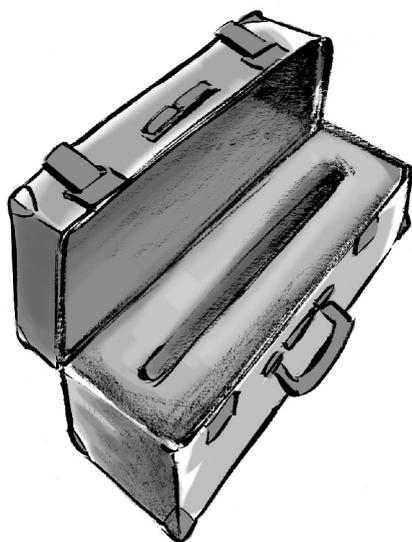
Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneo de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Sir Steve Stevenson

DESAFÍO EN EL TRANSIBERIANO

Ilustraciones de
Stefano Turconi

Traducción de Elena Martínez



laGalera

DECIMOTERCERA MISIÓN

PARTICIPANTES



Agatha

Doce años, aspirante a escritora de novela negra, tiene una memoria formidable.



Larry

Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.



Mister Kent

Exboxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.



Watson

Inquieto gato siberiano con el olfato de un perro conejero.



Tío Jack

Excéntrico treintañero experto en ocultismo, arqueología fantástica y apariciones de fantasmas.

DESTINO: RUSIA



OBJETIVO

¡Mantener bajo estrecha vigilancia un tramo del Transiberiano para que el célebre ladrón Strogoff no consiga llevar a cabo su golpe!



Aquella mañana de principios de noviembre, el aspirante a detective Larry Mystery saltó de la cama en cuanto sonó el despertador, se comió con verdadera avidez un plato de huevos revueltos y, acto seguido, se dispuso a sacar del armario la ropa de invierno. Viejos abrigos, jerséis de cachemir, pantalones de pana, bufandas hechas a mano, botas forradas y calcetines de colores volaban atropelladamente por la habitación, cubriendo todo el espacio que quedaba libre en el desorden que ya había.

Si quería coger el avión de las 9.30, tenía que meter en la maleta la ropa adecuada para la misión





sin dudar un instante. Larry, para variar, iba ya retrasadísimo y empezaba a angustiarse.

— ¡Socorro!... ¿Dónde habré metido las orejeras?
—gritó—. ¡No quiero que se me congelen las orejas!

Empezó a rebuscar frenéticamente entre los montones de ropa. Desde las ventanas de su ático podía verse la torre del reloj resplandeciendo como un gigantesco cristal de escarcha. En los últimos días, Londres estaba sufriendo una sensacional ola de frío... ¡Habría que ver las temperaturas bajo cero que se iba a encontrar en Rusia!

— Está bien, nada de miedos —se dijo mientras respiraba profundamente—. Puedo comprarme cualquier cosa de abrigo en Moscú... Apuesto a que tendrán toneladas de gorros adecuados para el rígido clima de la estepa.

Aliviado con aquella idea, llenó la maleta rápidamente con lo primero que encontró a mano, la cerró sentándose encima de ella y la arrastró hasta la entrada.





En ese momento dirigió una mirada al salón. Allí reinaba un desorden enorme, pero no le importaba. A ver, ¿qué le faltaba para el viaje? ¿Pasaporte, visado y otros documentos? ¿Dossier de la misión? ¿Instrumentos tecnológicos para usar en la investigación?

El chico se rascó su pelambreira negra, luego volvió a comprobar por enésima vez la cartera, los cajones y el escritorio. Repasó los discos duros de sus siete ordenadores, por si había olvidado algún archivo esencial.

Al terminar la búsqueda, estiró sus brazos delgaduchos y sonrió con orgullo.

No se había olvidado de nada.

Y, respecto a las misiones habituales, ¡esta vez tenía incluso un as en la manga!





—Protocolo 13 —susurró con una expresión extasiada—. Falta poquísimo para su activación, ¡me muero de impaciencia!

Acarició con los dedos el ingenio electrónico de titanio que llevaba colgado en bandolera. No se separaba nunca de él porque, bajo la apariencia de un teléfono móvil normal, aquella joya de la electrónica (nombre en código: EyeNet) era el instrumento principal con el que se dotaba a los alumnos de la escuela de detectives que él frecuentaba. Entre sus asombrosas funciones estaban el reconocimiento facial, el análisis de ADN, las imágenes vía satélite y los historiales detallados de los peores criminales que había en circulación.

— ¡Criminales como el afamado Strogoff! —se rio burlescamente.

Strogoff era el nombre de su objetivo. Se trataba de un ladrón al que había sido imposible dar caza, maestro en disfraces, capaz de planificar robos imposibles burlando a la policía. Pero había



cometido un grave error: ¡lanzar un desafío nada menos que a la Eye International!

Los mejores agentes operativos habían recibido carta blanca para atrapar a Strogoff. Y en la caza participaba también el alumno más prometedor de la escuela, el sabueso que había destacado por la solución de intrincados enigmas por todo el mundo.

O sea... ¡él en persona!

Desde hacía ya unos días, Larry fantaseaba con la posibilidad de atrapar a Strogoff y convertirse en una leyenda viva. ¡Qué irrepetible ocasión para demostrar su clase!

—Estoy listo —declaró.

Se puso la chaqueta y cogió la maleta mientras silbaba una canción rockera. El reloj de pared marcaba las 8.27, podía tomárselo con calma.

Pero justo cuando se disponía a abrir la puerta, empezó a sonar el telefonillo con insistencia.

¿Quién podía ser? ¿Justo en ese momento tenían que molestarle?



—¡Demonios! —exclamó Larry dándose un manotazo en la frente—. ¡Me he olvidado de que tenía que venir el fontanero!

Dijo atropelladamente a través del interfono que estaba a punto de salir y que volvería al cabo de una semana. Nadie respondió al teléfono, pero se oyó una voz penetrante al otro lado de la puerta.

—Señor Mistery, la fuga de agua inundará toda la casa.

—Fue la respuesta que recibí—. Hay que intervenir de inmediato.

Larry abrió la puerta de par en par y se quedó mirando al hombre que aguardaba en el umbral. Tenía un gran bigote y llevaba un





uniforme naranja totalmente deforme. En las manos tenía una caja de herramientas y un trozo de tubería.

—¿De verdad es tan urgente? —preguntó el chico.

El hombre asintió con la cabeza, flemático.

—¿Y cuánto tiempo va a tardar?

—Depende de la gravedad de la avería.

—Entre, entonces —se rindió Larry—. Le concedo... a ver... ¿le irían bien cinco minutos?

El fontanero se rio por debajo del bigote y avanzó imperturbable entre papeles, fundas de CD y cómics. Una vez en la cocina, apoyó las herramientas frente a las tuberías rotas.

Durante veinte interminables minutos, mientras el fontanero martilleaba y soldaba, Larry se mordía las uñas caminando arriba y abajo en el salón. La mala suerte le perseguía desde que le habían asignado la misión en Rusia. Primero se había estropeado el cuadro eléctrico, luego la



instalación de la calefacción y ahora una tubería de la cocina.

—¿Sabe una cosa, señor? —preguntó el fontanero apareciendo de repente.

—Claro que la sé —protestó Larry—. Tengo que ocuparme de la casa, si no acabará siendo una ruina.

Aquella frase se había convertido en un auténtico tormento. No solo la repetía continuamente su madre, sino que también los técnicos que habían intervenido los días anteriores le habían señalado que no se podía vivir en aquella especie de jungla.

—Bueno, yo ya he acabado —dijo el hombre quitándose los guantes de trabajo—. Son cien libras esterlinas, señor.

Larry desembolsó la cifra sin rechistar y le acompañó a la entrada. Faltaba solo media hora para el check-in. Su prima Agatha habría llegado ya sin duda al aeropuerto de Heathrow, junto al mayordomo mister Kent y a ese pérfido gato



llamado Watson. ¿Qué podía hacer para llegar a tiempo?

—Claro... ¡necesito un taxi! —razóno en voz alta—. ¡Espero encontrarlo frente al portal!

Agarró la maleta y salió como un rayo al rellano. Desgraciadamente, la mala suerte seguía a su lado: Larry pulsó varias veces los botones, pero ninguno de los ascensores de Baker Palace parecía quedarse libre.

El joven detective miró con resignación hacia las escaleras de servicio.

—Solo son quince plantas, puedo conseguirlo sin problemas —suspiró bajando con dificultad los primeros escalones.

¡No podía imaginar cuántos problemas más se iba a encontrar en el viaje en el Transiberiano!